

Miguel Ángel Ruiz Carnicer*

LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD
DE VALENCIA EN EL FRANQUISMO (1939-65).
DEL ENCUADRAMIENTO POLÍTICO
A LA AGITACIÓN SOCIAL

En el inicio del curso escolar 1939-40, las Universidades españolas se reabrían para muchos estudiantes que con su camisa azul o sus insignias en las solapas, la cinta negra en los brazos por el luto y las miserias en los abrigos en muchos casos, volvían a poblar los campus universitarios. No era una excepción la Universidad de Valencia, salvo en el hecho de que ésta había estado hasta hacía muy poco tiempo en manos de la “anti-España” según desgranaba la propaganda gubernamental, y había demostrado ser un núcleo de la resistencia a la victoria franquista. De hecho, la Universidad tuvo que ser tomada por el Ejército, y Manuel Batlle, profesor de la Universidad de Murcia, se hizo cargo de la Universidad en nombre de Franco¹ siendo la quintacolumna de Falange y los estudiantes del SEU quienes la tomaron hasta la llegada de los delegados gubernamentales que pusieron en marcha la conversión de lo que había sido Universidad *roja* en una Universidad de Franco, fiel a los preceptos de la Iglesia, alineada con Falange, y depurada de los elementos -profesores y estudiantes- que habían hecho de ella un “centro de subversión espiritual”. Tales expresiones son las que aparecen en los discursos inaugurales de Rector y Jefe de Distrito del SEU en los años de la inmediata posguerra; retórica que se mantendrá durante muchos años en esta Universidad.

* Universidad de Zaragoza

¹ MANCEBO, M.F., *La Universidad de Valencia, de la monarquía a la república (1919-1939)*, Instituto de cultura Juan Gil Albert, Valencia, 1994 y MANCEBO, M.F., *La Universidad de Valencia en guerra. La FUE (1936-1939)*, Ajuntament de València/Universitat de València, Valencia, 1988. Estas obras y sus otros trabajos sobre la FUE o las personalidades de la Universidad valenciana de preguerra son fundamentales para analizar la Universidad de Valencia y de ella parto al hablar de la institución en los años de la dictadura franquista.

Vamos a intentar en las páginas siguientes proporcionar una cierta perspectiva del modo en el que el franquismo organiza la Universidad española en general y valenciana en particular durante los años del franquismo y fundamentalmente hasta la desaparición del Sindicato Español Universitario (SEU) en 1965, una vez que el Ministerio de Educación de Lora Tamayo comprueba que es una estructura vacía, inerte, incapaz de poner coto a una Universidad crecientemente convulsa y a la que ya la retórica joseantoniana y las actividades culturales seuistas no bastaban. Hablaremos pues del SEU como organización, pero también de los estudiantes universitarios valencianos de esa época, su mundo y características.

UNA UNIVERSIDAD PEQUEÑA Y *DE PROVINCIAS*

La Universidad de Valencia era una Universidad pequeña, muy pequeña para los estándares posteriores al proceso de masificación de los años sesenta; constaba sólo de las cuatro facultades clásicas (Letras, Derecho, Ciencias y Medicina) y un número de alumnos de algo más de 2600 para el curso 1935-36 (fecha más fiable que las de la inmediata posguerra por el gran aluvión de matrículas acumuladas) que se mantiene hasta bien entrados los años cincuenta. Un tamaño pues similar a la de Zaragoza y algo mayor que la de Granada; en todo caso una Universidad que aunque con tradición y medios y un fuerte arraigo en la sociedad valenciana es un ámbito en el que todos se conocían y cada uno estaba localizado en cuanto a sus preferencias políticas, procedencia familiar o pautas de actuación; era también una Universidad por la que los catedráticos pasaban camino de su consolidación en Madrid, salvo excepciones.

Esta Universidad había tenido un momento de gran ilusión con la República, con una FUE activa, de la más descolantes de España, con un Antonio María Sbert, líder nacional de la FUE que era estudiante de Valencia; un gran papel también durante la guerra, con figuras de gran talla humana e intelectual como el Rector Juan B. Peset, y un gran peso intelectual por ser la Universidad de la capital de la República durante buena parte de la guerra, importante centro de cultura de la zona republicana.

Ahora, la Universidad de Valencia se volvía a convertir en esa pequeña Universidad de provincias en donde se aplicaba como en cualquier otra de las españolas una estructura fuertemente jerarquizada, con pretensiones totalitarias que borraba sus perfiles propios y la convertía en uno más de los centros diseñados para la afirmación, consolidación y perpetuación de los valores del bando vencedor.

Eso se hará así a través de la depuración del profesorado y de la creación de una serie de organizaciones y actividades que gravitaban sobre el alum-

nado y que forzaban una socialización en los valores del régimen vencedor: el Sindicato Español Universitario, organismo en el que quedaban integradas las viejas asociaciones de estudiantes como la Federación de Estudiantes Católicos y la carlista AET (Asociación Escolar Tradicionalista) y que se convierte en obligatorio desde la promulgación de la Ley de Ordenación Universitaria en 1943. La legislación irá estableciendo de forma progresiva otros mecanismos de control del estudiante, además del SEU, diseñados para romper cualquier tipo de espíritu crítico hacia el régimen en la Universidad: los Colegios Mayores, recreados en septiembre de 1942 por Real Decreto y dirigidos a que todos los universitarios tuvieran una tutela política y religiosa efectiva, además de dotar de facilidades de residencia a quienes provinieran de fuera de la ciudad; o la creación de asignaturas diseñadas para una activa socialización en el régimen como la Formación Política, la Formación Religiosa y la Formación Física, enseñanzas complementarias que pronto pasarán a ser llamadas las Tres Marías, y a tener muy poco peso en el curriculum de los estudiantes. El SEU se convertía en el único canal para ejercitar cualquier deporte, hacer ensayos teatrales, ver cine en el Cine Club del SEU, publicar cuentos o poesías en una revista... La Universidad va a implantar una disciplina académica muy rígida, volviendo a moldes decimonónicos y el profesorado, salvo excepciones personales, se convertirá en un mundo aparte respecto a los estudiantes, que miraban con adoración o con temor la lejana figura del catedrático.

Pero todo este mundo de imposición de normas de conducta y de rigidez política no se puede explicar sin tener en cuenta el contexto en el que estamos hablando: una guerra civil recién finalizada y la consolidación de un régimen que ha llegado de forma sangrienta al poder y que tiene un gran miedo a no sobrevivir, máxime en un contexto internacional tan frágil como el que se hace aparente con el inicio de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939; en esa situación, el terror, la represión, la depuración son las armas del poder para consolidarse; en el patio del viejo edificio de la calle Nau o en Blasco Ibañez para Medicina, los correaes falangistas, la uniformización y la enorme arrogancia del vencedor lo llenaba todo.

Una Universidad que, en pura continuidad con el pasado, era clasista y elitista, tras frustrarse los intentos de apertura y modernización del quinquenio republicano, con una asistencia reservada a la clases alta y media alta, salvo alguna excepción, propiciada también por algunas becas falangistas dadas a hijos de caídos. La Universidad, si bien había experimentado de forma brutal el conflicto era, en la práctica, una isla elitista dentro de un contexto en el que el hambre, la miseria, material y moral, el afán de venganza y la corrupción, lo presidían todo.

En este contexto y con el terrible empobrecimiento intelectual y académico que había supuesto el exilio, la muerte y luego la posterior depuración,

era muy difícil que la Universidad pudiera formar profesionales de calidad homologables ya no a las universidades extranjeras, sino ni siquiera a la razonable formación que se había dado a los universitarios en el primer tercio del siglo a pesar de las viejas inercias decimonónicas. Los méritos políticos justifican la entrada de nuevos profesores, catedráticos y auxiliares y la pretensión de la Universidad era más imponer unos criterios políticos y religiosos que formar espíritus críticos; de hecho, la Universidad del franquismo se declaraba vanguardia de la lucha contra el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para la Ampliación de Estudios, proclamando el Ministro de Educación Ibañez Martín, que ocupa el cargo en el periodo de formación del franquismo, entre 1939 y 1951, el predominio de la fe sobre la razón y la necesidad de adecuación de todo trabajo científico a la ley divina, interpretada por una omnipresente Iglesia católica que pugnaba no sólo por volver a recuperar su tradicional influencia en el terreno educativo y en la moral de la sociedad, sino que no quería dejar ningún resquicio de actividad, pública y privada, al margen de su magisterio.

LA VALENCIA DE LA POSGUERRA

La Valencia de la posguerra² compartía con el resto de España el dolor y la miseria, pero, al igual que podía ocurrir en Cataluña o en el resto de provincias republicanas hasta el final y especialmente en Madrid, había una división brutal entre vencedores y vencidos, punto de partida y distinción más clara de la sociedad del momento. Unos se sentían vencedores y parte del régimen y hacían gala de ello, frente a los derrotados que apenas podían ocultar su hostilidad al nuevo estado de cosas. Esta identificación era más importante incluso, como señala Ismael Saz en su ensayo introductorio a *El franquismo en Valencia*, que las diferencias de clase que obviamente existían, pero

² En los últimos tiempos han aparecido una serie de trabajos fundamentales a la hora de recomponer el ambiente general de la Valencia de la posguerra. Cabe destacar el de CORTES CARRERES, S., *València sota el règim franquista (1939-1951). Instrumentalització, repressió i resistència cultural*. Institut de Filologia Valenciana/Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Valencia, 1995. También contamos con testimonios significativos, que aluden expresamente además a la situación en la Universidad. Son los libros de BALLESTER, J., *Temps de Quarentena*, Eliseu Climent Editor, Valencia, 1992 y el de ZABALA, F., *La valencia de los 50*, Ajuntament de València, Valencia, 1994. Pero el más significativo y reciente trabajo es el publicado por SAZ, I y GOMEZ RODA, A. (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*. Episteme, Valencia, 1999, fruto del proyecto de investigación Valencia en el franquismo que, con un fuerte base teórica y una comparación con los casos italiano y alemán, analiza las formas de vida cotidiana en la Valencia de la posguerra, aunque las referencias a la Universidad en este trabajo son escasas. En todo caso, estos trabajos sirven de base para buena parte de lo expresado en párrafos siguientes.

que no se podían trasladar al plano social. La propia Universidad es testigo de ello, con la detención del Rector Peset y su posterior fusilamiento en 1941.

En todo caso, el burdo triunfalismo de los meses posteriores al fin del conflicto contrastaba con la realidad de una población que había sufrido mucho y que buscaba sobre todo evadirse de la realidad política, dejando atrás las penalidades pasadas, de un jaez u otro. El mutismo, el retiro a la esfera privada, la despolitización generalizada y el refugio en actividades folklóricas tradicionales, como las bandas de música y las fallas serán una salida a una situación muy dura, ante la que se exclama "nunca más". Esta reconstrucción de los espacios de sociabilidad y esta afirmación de la no-política se irá consolidando paulatinamente, sobre todo tras las tensiones de la guerra mundial, en los segundos cuarenta y primeros cincuenta; pero en la inmediata posguerra, con una Falange que campea por la calle, lo que predomina es el castigo y el miedo: "El espíritu vengativo de los vencedores es una de las cosas que ha quedado fijada más nitidamente en la memoria popular"³. Hay una inclinación del poder a castigar a Valencia en su conjunto, por haber sido capital de la República y la respuesta va a ser la hostilidad de la mayoría de los valencianos hacia el régimen, un odio proyectado especialmente hacia Falange, por ser la encarnación física, real y cercana del régimen y por ser en la coyuntura de su inicio, y dada su proximidad a los fascismos europeos, el grupo identificado con el proyecto totalitario del régimen.

A pesar de esta hostilidad, no encontramos en Valencia respuestas activas frente al nuevo orden: se pueden rastrear algunos planteos o quejas en algunas empresas, podemos encontrar pintadas y algunas octavillas en los servicios de algunos cafés, pero dejando aparte la actividad, ya desde 1944 de la Agrupación Guerrillera de Levante- Aragón, en la zona del Maestrazgo de Castellón y Teruel⁴, no hay sino una actitud de pasividad, a veces de pasividad favorable y muchas otras veces de pasividad hostil; y ello como fruto de la represión, pero también de las políticas paternalistas de Iglesia patronos y de las escasas alternativas que se observan tras el mazazo de la guerra. Esa ambigüedad que predomina supone, como señala Ismael Saz, por un lado el mayor triunfo del régimen y, por otro lado, su límite, al no ser capaz de movilizar de forma positiva a la población en torno a su proyecto. De esta manera se llega a los años cincuenta, sobre todo los primeros cincuenta que es una época en que el consenso predomina, cuando los elementos más abiertamente represivos han sido dejados de lado, lo peor de la

³ SAZ y GOMEZ RODA (eds), *op cit.* p. 30.

⁴ Sobre este tema el clásico libro de ROMEU ALFARO, M.F., *Más allá de la utopía. Perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1987. Recientemente, y centrándose más en el Maestrazgo, YUSTA RODRIGO, M., *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999.

miseria de la posguerra ha pasado, y hay una creciente aceptación internacional del régimen español. A fines de los cincuenta y en los sesenta a pesar del desarrollismo y del avance económico o precisamente por eso, aparecen elementos de crítica y distanciamiento importante en sectores de la población -y desde luego de los estudiantes universitarios- que ven crecientemente al régimen como algo obsoleto y axfisiante y se organizan contra él y al margen de él, en la medida de lo posible.

Pero la Universidad, como ponen de manifiesto todos los testimonios, va a ser un medio ajeno a tensiones y hostilidad antifranquista (salvo excepciones personales muy concretas, que se ven aisladas) hasta bien entrados los años cincuenta. La mezcla de represión y encuadramiento va dar un resultado aceptablemente bueno para el control de las jóvenes elites intelectuales valencianas. Veamos cuales eran los instrumentos de encuadramiento y regimentación del Estado franquista en la Universidad de Valencia.

LA REGIMENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

La depuración en la Universidad de Valencia, analizada por Marc Baldó y María Fernanda Mancebo⁵, sigue las pautas de la realizada en el resto de las Universidades españolas, con la diferencia de que aquí hubo una depuración previa por parte de las autoridades republicanas, mucho más numerosa que la franquista: afectó a 38 profesores, siendo 25 de ellos separados definitivamente, 5 jubilados forzosos, 3 disponibles gubernativos, uno acusado de abandono de destino y cuatro auxiliares a los que no se prorroga el contrato; el número total de docentes en 1936 era de 81⁶. Este proceso depurativo se produce a lo largo de 1937, pero va a tener su respuesta en otra depuración iniciada en el verano de 1939 y que se prolonga hasta 1943, dándose la mayoría de los casos en 1940. Se depura a 19 personas, con dos jubilaciones forzosas, seis separaciones definitivas, tres traslados forzosos, una inhabilitación para cargos directivos y el resto son imprórrogas de contratos a auxiliares. Habrá también una ejecución, la del Rector Juan Bautista Peset que se demorará, por los muchos testimonios favorables que darán lugar a dos indultos previos. Peset, catedrático de Medicina, fue finalmente fusilado el 24 de mayo de 1941. Pero este magno proceso depurativo, aunque menor en número que el republicano, estaba también diseñado para alojar miedo en las conciencias: se requirieron informes no sólo de carácter académico, sino

⁵ BALDÓ, M., "Cambios de profesores en la Universidad de Valencia. Sanciones y depuraciones (1936-1939)", en *La II República: una esperanza frustrada, Actas del Congreso Valencia, capital de la República*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.

⁶ MANCEBO, M.F., *La Universidad de Valencia en guerra...* p.73 y 207-208

de conducta privada, comportamiento público, talla moral, asistencia a oficios religiosos. Y ello no sólo para el profesorado sino también para el personal de la administración y servicios (limpiadoras, conserjes, etc.).

Un ambiente reciamente “clerical y nacionalsindicalista”, pero también militar presidió el primer curso, en el que se empezó a implantar visiblemente el nuevo régimen en la Universidad. El nuevo Rector que sustituía al provisional Manuel Batlle, fue José María Zumalacárregui, que ya lo había sido en la dictadura de Primo de Rivera, aunque sólo se mantenga hasta 1941 cuando le sustituirá Fernando Rodríguez-Fornos quien muere en el cargo ya en 1951, sustituido a su vez por José Corts Grau, el rector que más permanecerá en el cargo durante el franquismo. Todos tienen en común, como no podía ser de otra manera, su identificación con el régimen naciente, algo compartido con la mayoría de profesores valencianos y de profesores de la Universidad española. En ese sentido, la mayoría del profesorado se alineaba con posiciones conservadoras de fuerte impronta católica y sólo excepcionalmente se habían dado en los años treinta otras figuras de aire marcadamente izquierdista algunos de los cuales, como es el caso de J.B. Peset lo pagarían con la muerte y en muchos otros casos con el exilio o la separación forzosa. De ahí que la mediocridad se instalara (salvo excepciones personales) en las aulas, en los programas superados científicamente y repetitivos en la forma, con la imposibilidad de objetar nada al discurso del profesor; con largas ausencias de la tarima de los catedráticos, sustituidos por auxiliares mal pagados y desinteresados; con una rimbombancia retórica que sustituía al saber; y con una total inexistencia de debate y de foros culturales al margen del propio ejercicio de la cátedra. Un panorama penoso, muy similar al del resto de las Universidades españolas y que se puede resumir como un mundo cerrado en el que es muy difícil romper por parte del alumno la fortaleza de la jerarquía establecida. La Universidad española se quedaba con los peores vicios de la Universidad decimonónica: jerárquica en su organización, napoleónica y centralista en sus programas y por ello unificadora y en conflicto con la identidad específica de cada territorio; basada en relaciones clientelares y con un fuerte carácter elitista tanto en el acceso al profesorado como para el alumnado. A estos vicios de la vieja Universidad decimonónica se añadían la eliminación de raíz de todos los elementos de modernidad y avance científico forjados en el primer tercio del siglo, y de lo que había sido una buena muestra la actividad de la Junta de Ampliación de Estudios y el alto nivel de algunas cátedras en tareas de investigación; ahora, ese personal había sido orillado de una forma u otra de la docencia y además, la democracia limitada o parcial del sistema de la restauración, había sido sustituida por la supresión de cualquier discrepancia y la asunción de un autoritarismo que impregnaba todas las facetas de la vida académica y cultural.

Formalmente, más que efectivamente, Falange dominaba la vida universitaria: uniformes por doquier, retenes de la Milicia Universitaria (institución dependiente del SEU que no hay que confundir con el sistema de milicias universitarias o Instrucción Premilitar Superior, que funcionó desde mediados de los años cuarenta durante todo el franquismo) que desfilaban y velaban por el orden en el campus; también monumentos a los caídos, misas en los patios, invocaciones continuas de carácter religioso y una solemnidad universitaria al viejo cuño, que incluía juramentos de fidelidad al Caudillo y al régimen en las aperturas de curso⁷. Los Ejercicios espirituales a la manera ignaciana, continuamente ofertados a los estudiantes, completaban los referentes en los que se movían estos hombres y (pocas) mujeres.

Esta Universidad basada en la recatolización de España por un lado, en la tradición jerárquica de una Universidad ranciamente decimonónica y en el proyecto totalitario de Falange⁸, encuentra su encarnación legal en la Ley de Ordenación Universitaria, promulgada en julio de 1943 y con una vigencia nominal hasta 1970, cuando le sustituye la Ley General de Educación, pero cuya virtualidad será ya muy escasa a la altura de los años cincuenta, siendo también modificada por el Ministerio de Lora Tamayo a principio de los sesenta. Esta ley⁹, como expresa en su preámbulo, intenta regimenter la Universidad de una forma acorde con el resultado de la guerra civil, integrando la tradición católica y universitaria española con unas perspectivas totalitarias acordes con el bando fascista al que estaba inscrito el régimen de Franco. Por ello, la referencia es una arcádica “Universidad Imperial española”, que se empieza a perder en el XVII para “naufragar” en el XVIII al depender cada vez más de las nuevas modas intelectuales procedentes de Francia, llegando así a la “decadencia” acentuada en el XIX e inicios del XX. Ahora se trataría de recuperar los viejos oropeles y para ello sólo se puede buscar en el pasado, en la profundización del elitismo y la rigidez de un tiempo ya ido.

La Universidad, a cuyo cargo está nominalmente toda la enseñanza del

⁷ Sobre los rasgos de la Universidad española de posguerra ver los trabajos insertos en CARRERAS ARES, J.J. y RUIZ CARNICER, M.A., (eds.), *La Universidad española bajo el régimen de Franco*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991.

⁸ ALTED VIGIL, A. “Bases político-ideológicas y jurídicas de la Universidad franquista durante los Ministerios de Sainz Rodríguez y primera época de Ibañeta Martín (1938-1945), en CARRERAS ARES, J.J. y RUIZ CARNICER, M.A., (eds.), *op. cit.*

⁹ Los mejores análisis de esta ley son los de PESET REIG, M., “La Ley de Ordenación Universitaria de 1943”, en CARRERAS ARES, J.J. y RUIZ CARNICER, M. A., (eds.), *op.cit.* y PASAMAR ALZURIA, G., *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1991.

distrito, incluida la primaria y secundaria, se organiza de manera jerárquica, siendo el rector, obligatoriamente afiliado a FET y de las JONS (aunque en más de una ocasión, es el rector designado el que se afilia a FET más que al revés, lo que mostraba la dificultad, salvo excepciones como Luis Legaz Lacambra para Santiago de Compostela, de hacer realidad la letra de la ley ante el predominio del catolicismo conservador entre el profesorado) el único responsable de todas las decisiones. El resto de los cargos (decanos de las facultades por ejemplo), son pura delegación del Rector. En ese sentido, hay un concepto piramidal de la Universidad, de tal manera que se borra cualquier huella de autonomía universitaria, siendo el Ministro de Educación Nacional en última instancia quien gobierna las Universidades. También hay una fuerte presencia de la Iglesia, pero no sólo a través de la asignatura de Formación religiosa, los actos de las capillas universitarias o las tandas de ejercicios espirituales, sino mediante la adecuación de las enseñanzas universitarias “a las del dogma y de la moral católica y a la norma del Derecho Canónico vigente “ (artº 3 de la Ley), tan querido de Ibañez Martín y, como no podía ser de otra manera, “a los puntos programáticos del Movimiento”. Este equilibrio entre Iglesia y Falange en la Ley muestra las largas y a veces tensas negociaciones entre las dos fuerzas a la hora de muñir esta ley. La Iglesia recelaba del partido único, cuyo objetivo en este terreno era controlar las Universidades para socializar en sus valores a la juventud universitaria. Y el resultado será una especie de “tablas”, apareciendo ambos como los dos pilares de la nueva universidad franquista, aunque en la práctica, va a ser el sector confesional el que logre copar las cátedras universitarias de la posguerra y la influencia en el día a día, eso sí, respetando formalmente la omnipresencia nominal de Falange en todos los aspectos de la vida universitaria, apoyados desde fuera por organismos políticos directamente dependientes del Movimiento como el Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Superior (SEPES) o el SEU para los estudiantes que consagraba su presencia en la Universidad por la ley al convertirse no sólo en el único sindicato estudiantil, que había absorbido a católicos y tradicionalistas en 1939, sino también en obligatorio, con lo que asumía unos deberes respecto a los estudiantes en materia de becas, protección escolar, organización y supervisión de actividades deportivas, culturales y sociales y establecía una presión política para todos los estudiantes: el estudiante expulsado del SEU era también expulsado de la Universidad, pues a la condición de estudiante era inherente la militancia obligatoria en el sindicato falangista.

Junto a SEPES y SEU, está el control académico del profesorado y el administrativo de la Universidad; el control de los Colegios Mayores, ya que todos los estudiantes además debían estar adscritos a uno, aunque no se residiera. Las bibliotecas eran depuradas, los deportes se hacían con el nom-

bre del SEU en el pecho, las milicias desfilaban. Se trataba de convertir al alumno, al menos en el papel, en un disciplinado soldado de la cultura, cuya meta era la consolidación del régimen, teniendo en su boca una cita de José Antonio y una cruz y una espada en cada una de las manos, siguiendo los tópicos de la retórica fascista.

Ya he dicho que habrá un gran trecho entre el dibujo que de este control hace la Ley de Ordenación Universitaria en el papel y la realidad. Y es que este esquema apenas va más allá de la caída del fascismo en 1945. Ya antes incluso, los medios del SEU se duelen de la falta de implicación política de los estudiantes, mas interesados en aprobar las asignaturas que en la construcción de la revolución nacional o en la suerte de los compañeros idos a Rusia. Las *chicas topolino* empezaban a campar por sus respetos y la frivolidad de los castos guateques de posguerra atraían más que la luz de los luceros falangistas; el SEU además, entra en una dinámica diferente, pues la burocracia de un SEU de tamaño gigantesco -el mismo de todo el colectivo estudiantil- le quita mordiente política y la hace perder prestigio rápidamente entre los estudiantes pues al SEU se le achacan todos los fallos y la obligatoriedad de sus estructuras le deja siempre en un papel desairado.

La estructura de representatividad también se oficializaba, pues todos los cursos elegían un delegado, pero lo hacían en una lista única y el nombramiento final venía del Jefe del SEU del distrito, que decidía de entre los tres más votados (presentados en una lista única previamente filtrada políticamente) por lo que no había siquiera una sombra de representatividad. Eso sí, desde 1943, la ofilización plena del SEU llevó a que en todas las aperturas de curso, el Jefe del SEU, en este caso Rafael Cerezo, jefe del Distrito Universitario del SEU de Valencia entre 1942 y 1946, hiciera uso de la palabra en nombre de los estudiantes. A Cerezo le había precedido Pedro Malabía en 1939 y Guzmán Zamorano entre 1940 y 1942. Tras 1945 el SEU va a perder peso y, sobre todo influencia política entre profesores y estudiantes, siendo cada vez más un mecanismo oficial que controlaba los comedores universitarios y todo tipo de actividades, aunque con un presupuesto menguado y sin la apoyatura como en el pasado de una Falange que estaba en retroceso y con los fascismos derrotados. José Luis Mayquez y Vicente López Rosat son Jefes del SEU ya en los años cincuenta en un ambiente muy diferente al inicial. También desde la segunda mitad de los años cuarenta hay una dependencia respecto al Frente de Juventudes y se ponen en marcha Seminarios Provinciales de Formación Política, regidos por universitarios cercanos a las Falanges Juveniles de Franco, la sección voluntaria de élite del Frente de Juventudes. Estas Falanges Juveniles tenían en la Universidad su propio grupo de actividades, las llamadas Centurias Universitarias que adoptaban nombres de rai-gambre imperial o de patronos de las Facultades.

Las escasas mujeres que estudiaban en la Universidad, casi todas concentradas en Filosofía y Letras y que suponían globalmente menos de un 10% del total tenían la Sección Femenina del SEU, en donde se desarrollaban también actividades culturales y deportivas, asumiendo un papel de sumisión al mando masculino y una orientación hacia el hogar que compensara el horrible pecado de ser unas "mujeres intelectuales". En todo caso, la existencia de una rama femenina del sindicato estudiantil mostraba una de las contradicciones del fascismo, que aunque defiende en su discurso un rol tradicional para la mujer, no quiere renunciar a su movilización al menos parcial y su participación en el proceso de socialización de hijos y entorno en los valores del régimen.

En todo caso, el SEU va a seguir contando a lo largo de su existencia con revistas de carácter nacional, como *Juventud* o *Haz* en los cuarenta o *La Hora y Alcalá*, a fines de los cuarenta y primera mitad de los cincuenta respectivamente y también con la revista específica de los falangistas universitarios valencianos, *Claustro*. También con carteles murales (con el nombre de "Falanges Universitarias" y otros lemas), emisiones de radio (Radio SEU-Estación escuela) o las actividades artísticas pero con un claro perfil propagandístico como el Cine-Club SEU y el Teatro Español Universitario (TEU). Respecto a este último, en la década de los cuarenta será especialmente representado el teatro del siglo de oro, especialmente autos sacramentales y entremeses de Lope de Vega¹⁰. En ese sentido, el distrito de Valencia cuenta con los mismos mecanismos de propaganda y socialización que el resto de Universidades españolas.

Pero vale la pena detenerse en la evolución específica de *Claustro*, revista del SEU de la Universidad de Valencia, que existía a la par que las nacionales, al igual que en otros distritos. Sin embargo, estas revistas eran independientes en su elaboración y dirección y sólo coincidían en la común orientación falangista y en la población de artículos y consignas de la Jefatura Nacional. Cada publicación desarrolló una personalidad propia, especialmente a fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta. *Claustro*, con el subtítulo de "periódico universitario falangista" pasará por diversas épocas, todas ellas en los años cincuenta, lo que contrasta con otros distritos como Barcelona, Madrid o Zaragoza, en donde existen estas revistas desde el fin de la guerra, con un aire militante falangista. La primera época se extiende desde 1950 a 1953; hay una segunda entre 1958 y 1961 y una

¹⁰ Sobre el teatro universitario en Valencia, ver AZNAR SOLER, M; DIAGO, N; MANCEBO, M.F. (eds.), *60 anys de teatre universitari*, Universitat de València, Valencia, 1993; también CARBO, F., *El teatre en la postguerra valenciana*, Eliseu Climent Editor, València, 1997. Recientemente, para el caso zaragozano, ha aparecido el libro de RUBIO JIMENEZ, J. (coord.), *Teatro universitario en Zaragoza 1939-1999*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1999.

fase final entre 1963 y 1965. En cada una de ellas, su estilo y contenidos se irán acompasando a la evolución del SEU y sus revistas nacionales. Quizá el periodo más significativo de la revista, es el primero, entre 1950 y 1953. En estos años, *Claustro* pasa por diversos directores, desde el “camarada” Vicente Ventura Beltrán con J.A. García Richart como ayudante a Diego Sevilla Andrés, con Juan Ferrando Badía como subdirector. La redacción y la edición corren a cargo del Servicio Provincial de Formación Política del SEU y del Departamento de Prensa y Propaganda del Frente de Juventudes.

Claustro es una revista bien hecha, similar a la revista nacional del SEU *Alcalá*, que surgirá algo más tarde y será el símbolo de un SEU integrador y renovador en comparación con los años cuarenta. Como *Alcalá*, este primer *Claustro* es una revista que tiene un formato de gusto clásico, que se centra en los artículos de fondo de contenido político e ideológico, con escasas referencias a la realidad y problemas específicos de la Universidad de Valencia y al territorio valenciano en general. Predomina pues el afán estilístico, la elegancia formal y un tono que hoy día podríamos calificar a veces de pedante, por la profusión de citas y el aire intelectual de la mayoría de las colaboraciones.

Esta elegancia formal no impide la continua reafirmación falangista expresa, la plena identificación con el régimen, la citas continuas de José Antonio Primo de Rivera y en el terreno internacional, al que se dedica bastante atención, un claro anticomunismo y hostilidad hacia el bloque soviético (con frases como “Rusia comunista es un gran campo de concentración, donde no existe un hogar ni una familia, ya que el amor libre lo destruyó todo”¹¹). Las denuncias de la situación de la población en el Este europeo son continuas, al igual que son continuas las ironías sobre las contradicciones del sistema democrático occidental, al que se desprecia con cierta conmiseración. A pesar de esta ortodoxia muy similar al discurso de otras revistas falangistas, hay un impulso de rebeldía, que les hace definirse como “disconformes con la realidad que los circunda”¹² y mostrándose en sintonía con quienes quieren superar una mediocridad ambiental que rechazan; pero la vía que escogen para proyectar esta rebeldía acaba remitiendo a José Antonio y al compromiso con el régimen, condenando a quienes quieran encauzar su rebeldía en hechos como la reciente huelga de tranvías de Barcelona de febrero de 1951. Si “hastío” es una palabra casi generacional que sale mucho en estas páginas, también hay menciones continuas a la sangre de los muertos en la guerra civil, la alabanza de los fascismos caídos y

¹¹ Miguel HYCKA, “La faz verdadera del comunismo ruso”, *Claustro* nº 13 (15 octubre 1951)

¹² *Claustro* nº 7-8 (marzo-abril 1951), Editorial “Rebeldía y conformismo”.

sus adláteres (por ejemplo Pétain, encendidamente defendida su memoria por uno de los colaboradores de la revista, Fernando Vizcaíno Casas); también se reivindica el peñón de Gibraltar para España y se reafirman de forma entusiasta los valores políticos e intelectuales del nacionalismo español. El tono de los números de *Claustro* tampoco escapan a un discurso fuertemente machista que reafirma la inferioridad intelectual de la mujer “salvo excepciones” y, más en contacto con la realidad valenciana, se condena una y otra vez el separatismo en nombre de ese nacionalismo español ya aludido. Realmente existe en sus páginas una preocupación muy marcada por la posible resurrección de una idea nacionalista o meramente regionalista en Valencia, que aludiera a los elementos comunes con los catalanes; el riesgo (por otra parte muy lejano en esos momentos) del separatismo, hace que se relegue el sentimiento valencianista a las demostraciones folklóricas, mientras que se condena todo lo que no sea nacionalismo español, integrador de las anécdotas de un folklorismo localista¹³.

Por otro lado, la revista se completa con cuentos en su sección literaria, una exigente crítica de cine y teatro (uno de las inquietudes del Sindicato en los años cincuenta) y alguna noticia sobre las actividades del SEU valenciano, como las periódicas reuniones de mandos, habitualmente celebradas en el Albergue “Ramón Laporta” de Buñol, o las referencias hacia actos en los que participa el Rector Corts Grau; también se recoge el funcionamiento de actividades como la Cátedra Europa o las Academias Profesionales, especialmente la S. Raimundo de Peñafort de Derecho, una de las más activas. Algún acontecimiento singular da lugar a un despliegue informativo, como la celebración en enero de 1952 del II Consejo del SEU del Distrito Universitario de Valencia, con sus debates correspondientes, incluida sesión de clausura presidida por el Jefe Nacional Jordana que “llamó a todos los estudiantes para que cada vez más conscientes de su papel destacado en la vida nacional, sepan abrir los ojos para los defectos y virtudes, para lo que se debe conservar y abolir en nuestra vida política”, interviniendo también el rector e incluyendo el ritual final, aún habitual en los años cincuenta, de cantar el “Cara al sol”¹⁴.

Este Consejo era excepcional después de todo por lo que tenía de cierto contraste de opiniones, ya que habitualmente primaba la estructura jerárquica del SEU y se hacía hincapié más en los actos protocolarios y solemnes, como la celebración todos los años el 9 de febrero del Día del Estudiante Caído y otras fiestas patrióticas como el 2 de mayo o el 18 de julio.

¹³ Sobre el tema del valencianismo en el franquismo se puede consultar CUCO, A; CORTES, S. (eds.), *Llengua y política, cultura y nació: un epistolari valencià durant el franquisme*, Eliseu Climent, València, 1997

¹⁴ “II Consejo Nacional del SEU”, *Claustro* nº 17 (15 febrero 1952)

En las épocas siguientes de la revista pesa mucho más la información al estudiante y aspectos sociales y culturales, aunque siga sirviendo para defender la permanencia del SEU y la bondad de las iniciativas del régimen frente a un movimiento estudiantil cada vez más amplio y amenazante para la propia supervivencia del Sindicato.

LA UNIVERSIDAD DE LOS SEGUNDOS CINCUENTA Y LOS SESENTA. EL SEU DISCUTIDO Y COMBATIDO

A partir de los acontecimientos universitarios de febrero de 1956 se hace explícita una separación progresiva entre estudiantes y Sindicato Español Universitario en Madrid fundamentalmente, pero cuyo eco llega a toda España. Valencia no es una excepción, pues la segunda mitad de los cincuenta es el momento en el que se da una politización más importante y la puesta en marcha de grupos de carácter clandestino que, si bien no tienen la pujanza de los de Madrid y Barcelona, por el tamaño de la ciudad y la menor pujanza industrial de la capital, si van a demostrar la existencia de unos círculos críticos, que sobre todo buscan el combate contra el SEU como el rostro del régimen en la Universidad e intentan también desarrollar y extender un espíritu crítico ante una Universidad tradicional y jerárquica, aunque este proceso se hace más claro en los años sesenta¹⁵. El primer grupo que se organizó clandestinamente fue el Partido Comunista de España (PCE), dirigido en la Universidad por Julio Marín Pardo de forma autónoma. La táctica del PCE sigue la línea de lo que será la FUDE a lo largo en los años siguientes o de organizaciones que también surgen entonces como la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) o el Felipe (FLP, Frente de Liberación Popular) y practicarán el trabajo en el seno de las instituciones y mecanismos representativos del régimen; así estudiantes críticos conseguirán ser delegados de curso e incluso de Facultad e influir en los estudiantes; también trabajarán algunos dentro de secciones o servicios universitarios regidos por el SEU como es el caso del servicio "Guía", en el que se infiltró el propio Julio Marín.

En todo caso, el crecimiento y capacidad de movimientos del PCE universitario es muy escasa. Desde 1957 que se crea y hasta la desarticulación del PCE valenciano en 1959 consiguieron once militantes en distintas facultades.

Junto al PCE, la ASU, ligada al grupo interior de jóvenes socialistas que se había creado en 1956 tras un contacto con los dirigentes socialistas del sur de Francia, concretamente con Rodolfo Llopis. Su influencia y militan-

¹⁵ Vid. SANZ DIAZ, B. et alii. *L'oposició universitària al franquisme*. València 1939-1975, DISE/Universitat de València, Valencia, 1995-1996.

cia va a ser escasa y hay detenciones en 1958 y en 1959 en toda España. La represión se cebará con estos primeros grupos.

Hay que esperar ya a la década de los sesenta y especialmente a partir de 1961 y hasta 1965 para que los estudiantes muestren cada vez una mayor hostilidad frente al SEU y para que las octavillas, asambleas y el activismo clandestino se vayan haciendo más importantes y más cotidianos. Unas veces eran acciones solidarias con los mineros asturianos, otras veces planes y diversas acciones frente al SEU por los comedores o cualquier otra cuestión. Esta presión va a ser constante hasta lograr que ni en Valencia ni en otras Universidades de España le quedara credibilidad al sindicato falangista, haciéndose éste acreedor del rechazo no sólo de los estudiantes de izquierda sino de los grupos más moderados como democristianos y otros ligados al Opus Dei, que verán con buenos ojos la liquidación definitiva del SEU en 1965, mientras se ponían en marcha unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes que no lograron sobrevivir ni siquiera dos cursos académicos. Desde mediados de los años sesenta, especialmente tras el fracaso definitivo de estas Asociaciones en 1967 y la celebración de un Congreso Democrático de Estudiantes que dio lugar a la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Valencia, la situación es de movilización continua. En todo caso, la historia de la oposición al régimen en la Universidad de Valencia es ya otra historia.

HÁBITOS Y MENTALIDAD DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO EN EL FRANQUISMO

Prácticamente no existen estudios en los que se analicen de los comportamientos sociales y políticos de los estudiantes universitarios españoles en general y valencianos en particular. Es frecuente -eso sí- la descripción más o menos costumbrista, la aproximación periodística o el comentario de escasa fiabilidad. Desde luego, no hay ningún estudio serio que analice la situación, los rasgos y comportamientos de los estudiantes en estos años¹⁶. No podía ser de otra manera. No importaba tanto averiguar su situación mental, política y social, cuanto acertar a definir cuales debían ser los valores en que tenía que ser formada esta juventud, que a los ojos de los dirigentes de la posguerra debía de parecer un libro en blanco en el que los únicos llamados a escribir eran ellos.

El falangismo mismo, imponía a sus jóvenes seguidores una determinada visión de la sociedad y la política, una concepción del mundo que limitaba

¹⁶ He intentado acercarme a este mundo para el caso zaragozano en RUIZ CARNICER, M.A., *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1989.

su propio protagonismo al darles como misión conservar y profundizar un legado que no estaban llamados a interpretar y casi ni a ejecutar. Esta concepción presidirá la transmisión generacional en la posguerra como ya hemos analizado en otro lugar¹⁷ que dará origen a la ruptura generacional entre los que participaron en la lucha callejera contra la República antes del 18 de julio o en el frente en la guerra civil y los que, imbuidos en la retórica de un mundo compacto y azul, no tenían otra referencia que el régimen franquista, para ellos devenido en marco natural y preexistente.

Como todo fascismo, el régimen no trataba de hacer una política de la juventud, sino POR la juventud, caracterizada por movilizar a los jóvenes pero para servirse de ellos, utilizándolos como «reserva movilizable» y buscando en ellos el seguro de continuidad del régimen¹⁸.

Pero hay que destacar un estudio de dos entonces jóvenes catedráticos, Manuel Fraga Iribarne y Joaquín Tena Artigas, que elaboran la primera encuesta sobre los universitarios en España¹⁹. Con ella se quería indagar sobre lo que en la fecha de realización de la encuesta (1947) ya se calificaba como «crisis de la Universidad». Sin embargo, y muy significativamente, en la encuesta se tienen más en cuenta los aspectos meramente vitales (costumbres, ocio, aficiones culturales, etc) que otros de más enjundia como la extracción social (aunque sí hay referencia a ella, pero de una forma lateral y mal planteada) o las actitudes políticas, respecto a las cuales no hay prácticamente referencia alguna.

Los trabajos posteriores sobre la juventud, ya en los años cincuenta, son el producto de la inquietud por la conducta de la juventud. Los jóvenes -y ello era detectable desde hacía tiempo en la prensa del Sindicato- no estaban respondiendo en los términos buscados y una rebelión, aún indefinida y amorfa, se iba fraguando de forma lenta, pero también bastante clara para casi todos. Estaba manifestándose en toda su fuerza el «problema de la juventud», la consecuencia de una educación dentro de los postulados fascistas-falangistas, dentro del marco del régimen encabezado por Franco. Se intentará explicar el porqué de esa situación. Hay que destacar un estudio sobre las actitudes sociales y políticas primarias -esta vez sí- de los universitarios, realizado por Jose Luis Pinillos²⁰ y los informes elaborados por bue-

¹⁷ RUIZ CARNICER, M.A. *El Sindicato Español Universitario... op. cit.*

¹⁸ He utilizado las mismas palabras de Juan SAEZ MARIN en la introducción a su libro *El Frente de Juventudes. Política de Juventud en la España de la postguerra (1939-1960)*. Siglo XXI. Madrid, 1988, p. 10.

¹⁹ Manuel FRAGA IRIBARNE y Joaquín TENA ARTIGAS, «Una encuesta a los estudiantes universitarios de Madrid», en *Revista Internacional de Sociología* nº 28, 29 y 30 (1949-50). CSIC. Instituto «Balmes» de Sociología.

²⁰ José Luis PINILLOS «Actitudes sociales primarias. Su estructura y medida en una muestra universitaria española», *Revista de la Universidad de Madrid* nº 7 (1953). Posteriormente

nos observadores de esta juventud como Pedro Laín o Dionisio Ridruejo, éste último tras los sucesos de febrero de 1956²¹. Estos trabajos estaban ineludiblemente marcados por los acontecimientos anteriores y posteriores a 1956 y en ellos hay una urgencia política que si bien nos facilita muchas claves, por otra se aleja de la elaboración científica.

En esa línea más científica nos sitúan los trabajos de Luis Sánchez Agesta²², el de Francisco Murillo Ferrol y Jose Jiménez Blanco²³, especialmente referido a los estudiantes valencianos y el de Antonio Perpiñá Rodríguez²⁴. Rafael Burgaleta Alvarez²⁵ firma otro trabajo sobre este tema, pero ya en fecha muy posterior para nuestro objeto. Estos estudios tienen como nota común que son realizados desde las estructuras oficiales del régimen (es decir, desde la Universidad y con el apoyo del CSIC) y especialmente desde el Instituto «Balmes» de Sociología que era una de las partes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas donde los falangistas se habían refugiado, aunque intentando darles un tinte de catolicismo social a los contenidos de la «revolución nacionalsindicalista». En todo caso, son trabajos serios que, aunque a veces se centran en aspectos de menor interés para nosotros, son muy significativos de la evolución del cuerpo estudiantil. En otro nivel quedan trabajos, también sobre la juventud, pero que forman parte del mismo aparato de propaganda del régimen, formando parte del publicismo que el interés por el tema genera²⁶.

completaría este trabajo en «Las actitudes sociales en la Universidad de Madrid 1955.» Avance del Estudio que presentará en breve Jose Luis Pinillos a la Junta de Estudios Jurídicos, Sociales y Económicos del CSIC (Madrid, octubre de 1955), en Roberto MESA GARRIDO. *Jarneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid.* Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1982.

²¹ Pedro LAIN ENTRALGO. «Informe sobre la situación espiritual de la juventud española», (diciembre 1955) recogido en MESA, *op. cit.*, pp. 45-53; Dionisio RIDRUEJO, «Declaración personal e informe político sobre los sucesos universitarios de Madrid en febrero de 1956 (1 abril 1956), en MESA, *op. cit.*, pp. 278-308). El mismo Ridruejo, años más tarde ,completaría algunas de estas impresiones en «Informe sobre la juventud», en *Escrito en España*. Buenos Aires, 1964.

²² De este trabajo sólo tenemos una aproximación metodológica. Luis SANCHEZ AGESTA. «La conciencia de grupo en la Universidad». *Revista Internacional de Sociología* nº 39 (1951). Instituto «Balmes» de Sociología. CSIC.

²³ Francisco MURILLO FERROL y José JIMENEZ BLANCO, *La conciencia de grupo en los escolares de la Universidad de Valencia*, Instituto «Balmes» de Sociología (CSIC), Madrid, 1958.

²⁴ Antonio PERPIÑÁ RODRIGUEZ. Encuesta universitaria sobre las clases sociales. Instituto «Balmes» de Sociología (CSIC), Madrid, 1963

²⁵ Rafael BURGALETA ALVAREZ. *Las actitudes sociales primarias de los universitarios españoles: un nuevo cuestionario*, MAROVA, Madrid, 1976. Se trata de un extracto de la tesis doctoral del autor.

²⁶ Así, los trabajos de Juan José LOPEZ IBOR. *Los estudiantes por dentro*. SEU del Distrito

Vamos a utilizar estos trabajos para dar algunos rasgos sobre los universitarios de la época. Respecto a la procedencia social de los universitarios, va a ser un tema utilizado y manipulado continuamente por el régimen. Empezando por las pretensiones de Falange de haber acabado ¡en 1944! con el clasismo en la Universidad o la presunción del régimen de haber permitido la incorporación de las clases medias y bajas -éstas en menor medida- a las aulas. Posteriormente, el escaso porcentaje de hijos de obreros en la Universidad constituyó una de las críticas más reiteradas a la administración franquista.

Casi todos los trabajos sostienen la afirmación de que la Universidad española es una Universidad de clases medias. Una Universidad que sería producto del ascenso social de unos grupos que habrían modificado el panorama elitista anterior. Este diagnóstico se encuentra ya en el primer estudio estadístico y sociológico serio hecho en la España de la posguerra: el estudio de Fraga y Tena. Estos autores consideran como pertenecientes a las clases medias a profesionales liberales, funcionarios y militares, sumando el conjunto más del 50% del total evaluado en términos relativos, dejando sólo a los industriales fuera de esa calificación. Si el cálculo lo hacemos en términos absolutos (esto es, dejando aparte el porcentaje que no sabe o no contesta, que se eleva al 20 %) aún se nos refuerza más este predominio. De esta manera, nos encontramos con una concepción de las clases medias basada más en hechos culturales o de prestigio social que en los ingresos del cabeza de familia. Lo que a pesar de esta clasificación problemática, se hacía evidente era la escasísima presencia de sectores obreros y campesinos, que no aparecen siquiera en los grandes números de la encuesta. Otros estudios posteriores nos ayudan a ver un panorama más completo.

PROFESIÓN DE LOS PADRES DE LOS UNIVERSITARIOS. ENCUESTA. FRAGA- TENA (1947)²⁷

<i>Profesión del padre</i>	<i>%</i>
-Profesión liberal universitaria	28'5
-Industrial	13'8
-Funcionario	13'2
-Militar	8'7
-Comerciante	7'7
No sabe/no contesta	20'0

Universitario de Madrid, Madrid, 1960 y el de José TODOLI, O.P. *Diagnóstico de la juventud actual*. SEU, Valencia, 1961.

²⁷ *Ibidem*. Antonio Perpiñá recupera estos datos, aunque en términos absolutos y uniendo algunas categorías. Según estos datos, aparecen un 3'87 % de labradores y un 1'86% de jornaleros, categoría esta última que sería más equiparable con la del obrero sin cualificar. PERPIÑÁ, *op. cit.*, p. 22.

DATOS ANUARIO ESTADISTICO DE ESPAÑA (1957-58)²⁸

<i>Profesión del padre</i>	%
-Profesionales, técnicos y afines	30'0
-Empleados y personal de dirección	31'0
-Agricultores (incluyendo braceros)	6'4
-Artesanos y jornaleros	1'8
-Servicios (incluye la categoría «conductores»)	1'0
-Fuerzas Armadas	4'0
-Población inactiva	1'8
-Huérfanos de padre	6'2
-No consta	17'0

ENCUESTA PERPIÑA SOBRE CLASES SOCIALES (1960-61)

<i>Profesión del padre</i>	%
-Profesiones liberales (con técnicos)	31'0
-Propietarios, industriales, comerciantes	22'2
-Funcionarios públicos (incluye militares)	22'2
-Empleados	7'0
-Labradores	6'6
-Obreros industriales, agrícolas y artesanos	3'9
-No consta	7'3

Podemos observar, en esta serie de encuestas, más allá de sus especificidades o del distinto tratamiento de los datos, que hay un claro predominio de los sectores intelectuales (profesionales universitarios) y de propietarios industriales y cuadros medios, con una representación menor de los sectores más pudientes y, desde luego una minúscula representación de las clases económicamente más débiles, especialmente los obreros industriales y agrarios. Además, no se vislumbra ningún crecimiento notable de estos grupos, a pesar de que a veces es muy difícil establecer a que sectores se refieren exactamente las denominaciones. En todo caso, la cifra no pasaría de una media de un 2% de obreros agrícolas e industriales, muy por detrás del resto de países europeos del entorno²⁹.

²⁸ «Anuario Estadístico de España» (año XXXV, 1960) tomado de PERPIÑA, op.cit., p. 23. Hay que hacer constar aquí lo inapropiado de algunas de las categorías, como la extraña inclusión de los «conductores» que aquí fundimos con un sector servicios también extrañamente caracterizado. La presencia de categorías como la de «huérfanos de padre», resultan irrelevantes para un estudio sobre procedencia social, aunque en algunos casos puedan resultar signos de precariedad económica.

²⁹ En estos países, a pesar de que se da también un predominio de las clases alta y media,

Los profesionales liberales y funcionarios son los principales proveedores de alumnado de la Universidad. Sin embargo, no se puede simplemente encasillar a todo este conjunto dentro de las clases medias sin más, especialmente en los años cuarenta y primeros cincuenta, sin el riesgo de falsear la perspectiva social. Mediados los años cincuenta sí que podemos hablar de una cierta mesocratización de la Universidad, cuando la posición de esos mismos profesionales liberales desciende, mientras se da un aumento de tejido social de clases medias y una mayor presencia de obreros cualificados, antes inexistentes, fenómeno que se vigoriza en los años sesenta. Es en ese momento cuando sí que se puede considerar como mayoritaria una presencia de las clases medias o medias-altas, aunque la presencia de las clases medias-bajas (empleados, obreros cualificados, funcionarios de nivel medio o bajo) y de las bajas (obreros sin cualificar, jornaleros) siga siendo escasísima.

En cualquier caso, y desde el principio, la casi totalidad de los autores nos hablan de la presencia de la clase media como mayoritaria en la Universidad. El trabajo de Fraga y Tena llega incluso a achacar los males de la Universidad («titulitis», paro académico, escaso interés por la investigación) a esta presencia mayoritaria de la clase media. Esta «titulitis» se ve parcialmente corroborada en el estudio de los profesores Murillo Ferrol y Jiménez Blanco para la Universidad de Valencia, ya que casi un 60% de los encuestados afirma que su presencia en la Universidad es debida al deseo de tener un título o porque consideran que es «socialmente útil» tener un título universitario³⁰. José Luis Pinillos también remacha este carácter de clases medias, aunque aquí en un sentido más de autocontemplación que de hecho social real: «por de pronto, y entre otras cosas, el universitario humilde suele pertenecer a un tipo de familia que de hecho o, al menos en sus aspiraciones, posee la conformación mental propia de la clase media».

AUTOCLASIFICACION SOCIAL DE LOS ESTUDIANTES³¹

	A su familia	A ellos mismos
CLASE ALTA	8'6%	7'9%
CLASE MEDIA	79'3%	85'0%
CLASE BAJA	5'0%	6'9%

hay un porcentaje mucho más significativo de población de clase media-baja y baja. Por ejemplo, en Alemania en 1961, esta categoría inferior representaba el 5'4%; en Inglaterra y Gales, el 26%; en los Países Bajos el 8'8%; y en Francia, el 4'6%. Vid *Comentario sociológico. Estructura Social de España*, nº 12-13, Confederación Española de Cajas de Ahorros, Barcelona, 1976.

³⁰ MURILLO FERROL y JIMENEZ BLANCO, *op. cit.* p. 43.

³¹ PERPIÑA, *op. cit.*, p. 47. Aunque en el cuadro original distingue sexos, damos aquí solamente los totales. Las cifras eran absolutas. El tanto por ciento es un cálculo nuestro.

Todo este cuadro de procedencia social hay que ponerlo en contacto con la situación económica del mismo estudiante. Hay ciertos signos de empeoramiento de las condiciones materiales del estudiante, por la propia falta de estructuras adecuadas para su servicio. Así, la encuesta de Fraga y Tena nos informa de que sólo el 48'1% de los estudiantes madrileños en 1947 consideran que su alimentación es suficiente; el porcentaje que dice tener beca es de un 6'1%, y un 13'9% tiene un trabajo complementario, en un momento en que el trabajo universitario no era frecuente en España y además, estaba desaconsejado por el mismo profesorado. La dependencia de los padres es casi total y los elementos que luego se consagrarían como signos de lujo (teléfono, automóvil, piso propio, etc.) están muy restringidos. En ese contexto, los comedores escolares serían un elemento que ayudaría en gran medida a paliar el alto coste de la vida estudiantil.

A pesar de todo esto, hay que hacer constar que una de las características más acusadas de estas clases medias que empiezan a poblar la Universidad española es la indefinición ideológica y aún social. No hay unas pautas de comportamiento previamente adquiridas. Además, en el marco de un régimen como el franquista que predicaba, como todos los fascismos, la extinción de la lucha de clases, a la vez que intentaba implantar el apoliticismo entre la población, la Universidad será para muchos de estos estudiantes el primer vehículo de socialización política y supondrá el despertar al interés social.

Al hablar pues de «conciencia de grupo» como hacen Murillo Ferrol y Jiménez Blanco para los estudiantes en general, habría que distinguir muy bien el contexto político-social en el que se aplica. Las características extraordinarias propiciadas en España por la dictadura franquista hicieron que el periodo de vida universitaria de muchos estudiantes tuviera consecuencias a veces trascendentales en su proceso de formación como personas, dada la mitigación de improntas previas y el contexto represivo y frustrante que limitaba otras vías de experimentación vital.

Por otro lado, la sociología ha utilizado hace tiempo la noción de «conciencia colectiva», consagrada por Emile Durkheim, aunque la limitación del concepto es evidente, si queremos entender o interpretar globalmente otros aspectos del estudiante más desligados de la misma vivencia universitaria. Que muchas de las cuestiones políticas y sociales en la España franquista tuvieran que refugiarse en la Universidad, hizo que esa conciencia colectiva común de los estudiantes supusiera una serie de vivencias comunes y por lo tanto se fortaleciera de una forma que en una sociedad mucho más moderna y estructurada no sería posible mantener.

Murillo Ferrol y Jiménez Blanco en su trabajo aplicado a la Universidad de Valencia³² siguen el trabajo precedente de Sánchez Agesta, y hablan de

³² MURILLO FERROL y JIMENEZ BLANCO, *op.cit.*

«conciencia de grupo» cuando se le puede aplicar a un grupo cualquiera los siguientes cuatro elementos: “a) conciencia de los fines del grupo; b) interés por el grupo y su mejoramiento; c) conciencia de solidaridad en el mérito y en el demérito y d) conciencia de que existe un tipo de conducta colectiva”³³. Todos estos puntos parecen cumplirlos los moradores de la Universidad valenciana de los años cincuenta. Con todo, existía una ruptura en la tradición del movimiento estudiantil, consecuencia de la guerra civil, que será parcialmente salvada -paradójicamente- por la propia acción del sindicato falangista.

Los autores ponen de manifiesto «la existencia de una conciencia de grupo bastante homogénea», acusándose un «alto sentido de solidaridad de clase entre los escolares» aunque ello no implicara un alto grado de participación en todos los aspectos de la vida universitaria. Como resultado de la investigación, se apreciaba una real existencia de conciencia de grupo en el caso valenciano, aunque experimenta una importante variación según Facultades y cursos: es significativo que, salvo excepciones como Derecho, todas las Facultades tengan una caída de esta conciencia en el último curso de carrera, así como una crisis aproximadamente en su mitad. Un porcentaje muy alto de alumnos respondía afirmativamente a la predisposición a ayudar a otros estudiantes en problemas o a defender el buen nombre en general del colectivo, además de asumir sus deberes de representación.

En cualquier caso, estos datos sólo parcialmente nos reconstruyen la mentalidad estudiantil. Creo que la mejor prueba de la existencia de una temporal conciencia de grupo entre los estudiantes españoles es la pujanza del movimiento estudiantil y la pronta organización sindical ya desde fines de los años cincuenta. Sin que queramos ocultar el hecho de que la militancia antifranquista, también en el campo estudiantil, fue obra de una minoría, hay que tener en cuenta que sólo un volumen alto siquiera de consenso pasivo con este movimiento era necesario para el desarrollo exitoso de un despliegue como el de los años sesenta en la Universidad española y, por supuesto, para poder resistir los embates de la máquina represora del régimen.

Si nos referimos a las actitudes políticas de los universitarios en los años cuarenta y cincuenta, nos encontramos con grandes dificultades. Más allá de la observación más o menos interesada o del análisis de urgencia, el primer acercamiento a la situación político-social de los estudiantes, la hace el tantas veces citado estudio de Fraga-Tena, pero sólo lateral e insuficientemente, ya que a los autores no interesaba desarrollar este tema. Dentro de las «preocupaciones de los estudiantes», los autores de esta encuesta realizada en 1947 distinguen tres áreas: social, económica y política. Según estos datos,

³³ *Ibidem*, p. 11

la mitad de los universitarios españoles muestran interés por los problemas sociales, con un muy alto índice de abstención y casi un 5% dicen no sentir ninguno. Más interés se demuestra por las cuestiones políticas, ya que casi un 80% dice interesarles, frente aun 15'7% que dicen no hacerlo. Con todo, a la hora de canalizar esta inquietud política, sólo un 27% afirma tener interés en ocupar cargos políticos. El mayor interés de los universitarios se decanta hacia los temas económicos que logran interesar a casi un 83% de los estudiantes madrileños encuestados, y que evidentemente se refieren más al modo de lograr la supervivencia que a los temas económicos como disciplina.

Es evidente que la inquietud que ya se estaba fraguando en los segundos años cuarenta en las nuevas generaciones de «hermanos menores» de los que hicieron la guerra, se proyecta en una disconformidad política muy difusa, pero que se percibe como íntimamente relacionada con algunos aspectos del régimen. La mezcla de interés político y el paralelo rechazo a la intervención en la vida política revelan, por un lado un cierto escepticismo y por otro, una actitud de recelo o espera. Esto se puede percibir muy bien, aunque de forma contradictoria en el *Claustro* de la primera época.

Una conceptualización, más que política, vital se realiza en el primer trabajo de Jose Luis Pinillos, publicado en 1953⁴ y que analiza el índice de «radicales», «conservadores» e «indiferentes» existentes en la Universidad Central de Madrid. Los resultados, a pesar de lo general y ambiguo a veces de la clasificación (procedente de un cálculo según el tipo de respuestas a un cuestionario, es decir, de forma indirecta) nos revelan la existencia de un 48% de conservadores, un 38% de radicales y un 13'5% de indiferentes o dudosos. Lo más significativo de estos datos es que muestran la existencia de una potencialidad radical y, por lo tanto una disposición a la acción bastante elevada en unos jóvenes educados en los años más duros del régimen. No ajeno a este significativo aunque no predominante nivel de radicalidad, es que éste es mayor según los distintos Colegios Mayores de procedencia de los encuestados. A pesar de todo, el autor subraya que los resultados no son muy distintos a lo que ocurre en otros países occidentales, en referencia a un predominio de la masa pasiva con tendencia conservadora y unas minorías potencialmente inquietas. Sin embargo, para nosotros lo notable es que se diera esa misma estructura cuando las circunstancias políticas y sociales eran enteramente diferentes.

La ampliación de este trabajo del autor dos años más tarde arrojaba como resultado un aumento del inconformismo y la existencia de una hostilidad más o menos extendida hacia instituciones tan significativas para el régimen como el mismo Estado, el Ejército, la Iglesia y la Universidad. De hecho, un

⁴ PINILLOS, «Actitudes sociales primarias...», p. 396 y ss.

74% de los entrevistados hablaban de incompetencia en las minorías políticas y un 85% de inmoralidad en las mismas. La incompetencia (un 90%) y la inmoralidad (48%) se achacan también a los mandos militares. No mejor parada sale la Iglesia, en la que los encuestados destacan su inmoralidad (un 54% opina así) mientras que se denuncia su falta de interés social y su escasa labor entre los obreros. «En otras palabras, un evidente clima de insolidaridad con las clases dirigentes se está enseñoreando de la Universidad»³⁵.

Otros rasgos destacados por este trabajo de Pinillos hacían referencia a la conciencia por parte de los estudiantes de la existencia de tensiones de clase en un 80%, achacándolas al sistema capitalista. Un 82% manifiesta que no tiene confianza en las minorías políticas, apostando por un cambio político necesario para un 60% de los universitarios. Políticamente, sólo un 20% se declararía partidario de un régimen totalitario.

Es muy difícil ver la operatividad política de este rechazo, por ser de una naturaleza muy poco definida y envuelta en contradicciones. Así, como figura de referencia se habla siempre de Ortega y Gasset aunque a la hora de hablar del futuro, un 65% afirman estar convencidos de que el país desembocará en un régimen socialista, lo que dice mucho del magma de las mentes de muchos de estos jóvenes. Como señala Pinillos en su estudio, esta actitud inconformista sería más reactiva que otra cosa, dada la ausencia de tejido político-social en el que basarse, aunque aprecia como predominante una corriente liberal en lo cultural y tendencias socializantes en lo político. También en ciertas actitudes anticapitalistas laten los viejos eslóganes falangistas sin ninguna duda.

Hay que recordar que este informe se conoce meses antes de los sucesos de febrero de 1956, a la vez que Laín redactaba y entregaba a Franco su Informe sobre la «situación espiritual de la Juventud» sin aparentes resultados, más allá de la lectura de éste por parte del Caudillo. A este análisis pronto se sumaría otro, el de Dionisio Ridruejo, ya claramente enfrentado al Movimiento y al régimen. Ambos informes coincidían en señalar la responsabilidad del régimen mismo sobre la educación que se había dado a la juventud, y que por sus defectos explicaba esa inquietud creciente.

Casi diez años más tarde, Antonio Perpiñá nos daba una visión mucho más «tranquilizadora» de la evolución de los estudiantes, visión que contrastaba precisamente con la percepción del entonces floreciente movimiento estudiantil y con su actitud de desafío al régimen. Según su encuesta, un 40'2% de los encuestados eran considerados «conservadores», un 33'1% «moderados», un 17'6% «radicales» y el 9% restante se mostraba sin una opinión definida³⁶. Los resultados no son muy diferentes a los expresados

³⁵ PINILOS, en MESA, *op.cit.*, p. 62.

³⁶ PERPIÑA, *op. cit.*, p. 110.

por Pinillos aunque así pudiera parecer, ya que se introduce un nuevo concepto, el de «moderados». Con todo, es significativo este aumento del peso conservador, que, como decimos, contrastaba con una politización mucho más extremada de unas minorías disconformes. Esto es explicable también por el contexto económico y social mucho más prometedor, prefiriendo muchos estudiantes centrarse más en los estudios y «labrarse un porvenir» más que desarrollar un incierto y siempre peligroso compromiso político.

La juventud española pasa, en palabras de Jose Luis López Aranguren en estos trascendentales veintiséis años, de una moral belicista y, a la vez, de alienación y pesimismo, a una situación de represión, de contención de las nuevas inquietudes en los cincuenta, y que acaban estallando en la rebeldía de los años sesenta³⁷. La moral de resistencia impartida desde el Frente de Juventudes y SEU acabaría en la formulación de una nueva moralidad desde presupuestos distintos, incubada en los años cincuenta en torno a una subcultura juvenil que se refugiaba en revistas o círculos, a los que el SEU, por cierto, no fue ajeno.

Lo que para todos era evidente en la década de los cincuenta y, por supuesto, en la de los sesenta, es que la conciencia política universitaria había cambiado. Se había dado una apertura hacia Europa y las nuevas lecturas e intereses habían acabado por trascender la realidad académica y por romper la reclusión de hecho a que estaban sometidos los universitarios en la posguerra. En los años sesenta, pocos dudaban que la rebeldía juvenil apuntaba a una destrucción incluso de las mismas estructuras «burguesas». Incluso en publicaciones oficiales se llegará a reconocer que «La Universidad actual [por la de mediados de los sesenta] ha asimilado una cultura marxista, guste o no»³⁸. La percepción de que había fracasado el proyecto -vital para el régimen- de atracción de las nuevas generaciones, será uno de los rasgos más destacados en esos años por unos y otros.

No podemos olvidar las actitudes religiosas, hábitos culturales y vida afectiva del universitario. Respecto al primer tema, hablar de religión en los veinticinco primeros años de franquismo es hablar de «feroz» nacionalcatolicismo. Ya hemos comentado cómo la Iglesia es la que acaba triunfando -con sus limitaciones- en la lucha por el control de ciertas parcelas del mundo educativo, uno de cuyos principales «bocados» era la enseñanza secundaria. En la superior estará presente también, a través de la asignatura de

³⁷ José Luis LÓPEZ ARANGUREN, «Moral de la juventud española: 1940-1985», en *Crónicas de juventud. Los jóvenes en España, 1940-1985*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1985. Del mismo autor *vid.* también *La juventud europea y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1961.

³⁸ Luis M. MARZAL. «La nueva generación universitaria», tomado de *Hechos y Dichos* (febrero de 1967) y reproducido en SEU. *Educación Universidad y mundo estudiantil*. Comisaría para el SEU. Madrid, 1968.

Formación Religiosa obligatoria desde la LOU y a través también de la Asesoría Religiosa del SEU, apéndice más o menos postizo, consecuencia del nuevo equilibrio de fuerzas de la posguerra.

Pero la vida religiosa de los universitarios se enmarca dentro del contexto de lo que fue la multiplicidad de manifestaciones religiosas en la posguerra y de la omnipresencia de lo eclesial en todo tipo de organismos e iniciativas oficiales y paraoficiales. La «nueva» Universidad franquista es una Universidad con capilla y capellanes; con consagraciones públicas y colectivas a la Virgen y ejercicios espirituales por doquier y misas en las celebraciones académicas. ¿cual es la actitud del estudiante ante ese mundo?

Yendo más allá del propio mundo interior de las creencias de cada cual, lógicamente, unos tendrían su apego más o menos formal a la serie de rituales estipulados, mientras que otros simplemente se limitaban a resignarse a soportarlos. Sin embargo, era difícil permanecer indiferente ante la ofensiva de ejercicios espirituales, «de moda» especialmente en la segunda mitad de los años cuarenta y ante la interpretación desde el punto de vista de la moral católica de casi todos los extremos de la vida del estudiante. Este espíritu aparecía en la totalidad de disposiciones educativas, no sólo en la LOU, sino también en la ordenación de los Colegios Mayores. Por otra parte, la totalidad de los estudiantes, independientemente de la postura personal ante las creencias religiosas, tenían en este tema alguna experiencia, fuera por su educación secundaria o por el ambiente de las familias. El catolicismo tradicional en la posguerra no se vivía, se respiraba.

Formalmente, se habría dado un retroceso de los aspectos más tópicos del estudiante (la vida de juerga continua, el juego, la relación con las mujeres, etc.) dándose un mayor empeño en el estudio, mayor seriedad, mayor fervor, pero también una vivencia menos intensa y apasionada del hecho religioso. El estudio estaría antes incluso que la religión o la política³⁹. Es una época, como hemos dicho de Ejercicios espirituales ignacianos, de llamadas a la necesidad de una juventud «mística y sin pecado».

Sin embargo, este panorama encubría una realidad mucho más compleja. Seguía habiendo ateos, protestantes y «fariseos», en palabras de Llanos⁴⁰. Fraga y Tena, aunque nos hablan de una mayoría abrumadora de católicos (lo cual era exacto si se referían al rito en el que estaban bautizados los universitarios) destacan que sólo un 50% manifestaba «gran piedad» mientras que la otra mitad se limitaba a «cumplir».

Estos rasgos de «heterodoxia» se irán gestando más abiertamente en los

³⁹ José M^a de LLANOS, «El estudiante ante los problemas religiosos», *Juventud* (2^a ep.) n^o 27, 11/4/44, p. 2; del mismo autor, «Religiosidad universitaria», *Alcalá* n^o 1, 25/1/52, p. 2.

⁴⁰ José M^a de LLANOS. «Los universitarios heterodoxos», *La Hora* (2^a ep.) n^o 2, 12/11/48, p. 3. Para ellos pedía curiosamente en esta circunstancia «respeto», pero también «cautela» el padre Llanos.

años cincuenta. Se pasa de la juventud oficialmente «cumplidora, conformista y pacífica», llena de respeto a los «valores eternos», tipificada en la década de los cuarenta⁴¹ a unos años cincuenta de menor respeto al edificio del nacional-catolicismo. Las relaciones interpersonales y la mayor apertura hacia el exterior comenzaron a romper el ambiente de represión religiosa de los cuarenta.

Un efecto -y en cierta medida también causa- de este fenómeno era el rápido descrédito de la asignatura obligatoria de Formación Religiosa. Como el resto de las «marfás» implantadas por la LOU, rápidamente pasó a ser considerada como una molesta imposición más. Desde un punto de vista religioso, no sirvió además para fomentar el catolicismo entre los estudiantes, sino que hizo precisamente que se alejaran de él algunos jóvenes, al adquirir ante sus ojos un perfil insulso y burocrático, cuando no opresivo y autoritario. Las peticiones de una revisión de estas enseñanzas se harán pronto frecuentes, incluso desde la propia prensa del SEU.

Los años cincuenta serán de menor presión de las formas religiosas y de anticipo de la ruptura de los años sesenta. En esta década de los sesenta, la juventud universitaria, en un porcentaje significativo, sentirá la necesidad de librarse de las imposiciones religiosas, al igual que pretendía hacerlo de las políticas y las sociales. Consecuencia de esto, y muy ligado también a las nuevas filosofías procedentes de Europa que son estudiadas con veneración y dogmatismo en estos años, es el crecimiento del laicismo y abiertamente de un ateísmo militante unido a un anticlericalismo producto del dominio nacionalcatólico y que sólo sería superado muy lentamente en los años sesenta cuando la Iglesia, especialmente sus movimientos de base, se alejen del régimen. Es el momento, en definitiva, de la ruptura de la Universidad unánimemente católica⁴², en donde triunfa el ateísmo declarado, mientras que, partiendo del Concilio Vaticano II y del movimiento de renovación de la Iglesia surgen también grupos cristianos de tipo no convencional, siempre minoritarios y que iniciarán en España el diálogo marxismo-catolicismo, que tuvo su abanderado y su símbolo en la figura de Alfonso-Carlos Comín.

Si hablamos de hábitos culturales y vida afectiva, los relatos sobre los distintos periodos que aquí analizamos, pecan a veces de costumbristas o ceñidos a un determinado ámbito social dentro del mundo estudiantil. En realidad, en los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, la vida estudiantil estaba presidida por los estudios y por la preocupación por las salidas profesionales posteriores, en una época de importante paro entre los licenciados, antes del despegue económico. Los actos en los Colegios

⁴¹ Enrique MIRET MAGDALENA. «Religión y juventud en España», en *Crónicas de Juventud...*

⁴² Luis M. MARZAL, op.cit.

Mayores, los cines, las escasas actividades musicales, las conferencias, proporcionaban algo de alimento «espiritual» a los jóvenes más inquietos o interesados por su formación cultural. Una proporción considerable de estudiantes cubría su tiempo libre a través del fútbol y los prostíbulos.

Los datos que nos proporciona la encuesta de Fraga y Tena, la única que incluye datos sobre costumbres del universitario, para el curso 1947-48, nos indican un escaso interés por el mundo de la cultura y se detecta una pasividad manifiesta en este campo. Así, sólo un 47'6% afirma leer diarios, ocupando en su interés dentro de ellos en último lugar los temas de política nacional; en las revistas, predominaba el interés por las deportivas, seguidas de las políticas y religiosas⁴³.

Respecto a las diversiones, la pasividad vuelve a triunfar con el predominio absoluto del cine (un 59% habla del cine como su ocio principal), seguido de los deportes. Sólo un pequeño porcentaje menciona el teatro o los conciertos. Evidentemente, la evolución de costumbres es importante en los años sesenta, especialmente con el acceso juvenil a los nuevos estilos de música y a los nuevos influjos culturales procedentes del exterior.

En el terreno de las relaciones afectivas en la posguerra, el modelo sexual y afectivo pasa, en cierta medida, por la dicotomía entre realización sexual y matrimonio, como consecuencia de una moral que condena a la mujer por cualquier iniciación sexual previa al matrimonio en contraste con el hombre, cuya aprendizaje suele darse en los burdeles y mantiene relaciones antes de establecer un compromiso formal que le lleve al matrimonio.

Es verdad, sin embargo, que desde fines de los años cincuenta se inicia una transformación de costumbres -paralelo a la que se da en otras partes de Europa- que lleva a una mayor franqueza en las relaciones intersexos y abren el camino para la ruptura del modelo anterior. De esta forma, el prostíbulo empezará a dejar de ser el lugar habitual de iniciación sexual como ocurría en los años cuarenta y cincuenta (por supuesto, aspecto reservado únicamente a los hombres) para imponerse la libre relación hombre-mujer en los años sesenta. Esta transformación implicaba una revolución en todo el universo de las relaciones sociales e interpersonales, aunque su asentamiento y asunción por parte de la sociedad será, lógicamente, muy lenta⁴⁴.

⁴³ FRAGA y TENA, *op. cit.* Esta misma impresión negativa sobre el interés de los universitarios por la cultura y por la lectura en particular se constata en la encuesta realizada por el SEU en la Facultad de Letras de los años cincuenta: José Ramón MARRA LOPEZ. «Encuesta en la Facultad», *Haz* (6ª ep.) nº 31, 15/2/55, p. 8.

⁴⁴ Una interesante aproximación a esta transformación en Domingo GARCIA SABELL. «Psicodinamia de la evolución de los estudiantes anteriores a la guerra civil y los actuales», en *Las ideologías en la España de hoy (Coloquio)*. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1972, pp. 167-189. Una visión sugerente y bien informada, además de entretenida es la que da de las relaciones inter-sexos Carmen MARTIN GAITE en su libro *Usos amorosos de la postguerra espa-*

La relación pucs entre los sexos en los cuarenta y cincuenta será, en muchas ocasiones, forzosamente incompleta, y no nos referimos solamente al terreno sexual, sino al del conocimiento mutuo y al cultivo de un verdadero entendimiento. Esto se complementaba con un ambiente de opresión y control de este tipo de relaciones, especialmente por parte de la Iglesia, que las veía como fuente segura de pecado. Por ello se intentará mantener siempre una separación entre los sexos a todos los niveles, empezando por la condena tajante de la coeducación. Esto mismo influiría en la organización del SEU, dentro de la cual existía separadamente la Sección Femenina correspondiente, lo que singularizaba el hecho mismo de la presencia de la mujer en la Universidad.

Este aspecto de las relaciones hombre-mujer será abordado también desde las revistas del Sindicato, si no con frecuencia si con evidente pacatismo en muchos de sus pronunciamientos. En todas estas intervenciones, predomina una concepción machista de la mujer y una obsesión con el sexto mandamiento que se refleja en frases como ésta: «Nosotros nos permitiríamos sugerir al hombre de hoy que se acordase de su madre cuando los ojos se le nublan en el abrazo a una mujer»⁴⁵, y que se refleja también en *Claustro*, como hemos dicho.

Como balance fundamental, se puede decir que el marco que teóricamente -siguiendo los presupuestos nacionalsindicalistas- debía garantizar una «formación integral» del alumnado, estaba propiciando un desarrollo muy parcial y frustrante precisamente.

ñola. Anagrama, Barcelona, 1987. Este mundo de las relaciones interpersonales entre sexos en la burguesía ha sido retratado para un periodo algo posterior en el libro de Alejandra FERRAN-DÍZ y Vicente VERDÚ, *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española*. EDICUSA, Madrid, 1975.

⁴⁵ Ramón LLIDO. «Carta a la juventud española», *La Hora* (3ª ep.) nº 58, 15/8/57, p. 5.

